



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EN JAQUE "ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

↓1

IBA yo á Torino, atravesando la Córcega.
En Niza tomé pasaje para Bastia, y en cuanto el vapor se hizo á la mar, descubrí, sentada en el puente, una mujer muy bonita, muy modesta, cuyos ojos miraban á lo lejos, y me dije: «Ya tengo distracción durante la travesía.»

Me instalé frente á ella, contemplándola y preguntándome todo lo que debemos preguntarnos en presencia de una desconocida que nos interesa: su estado, su edad y su carácter. Luego se deduce de lo que se ve, lo que no se ve. Sondamos con los ojos y con el pensamiento la figura de lo que aparece sujeto por el corsé y de lo que se cubre con el vestido. Se nota la esbeltez del busto si está sentada y se procura verla el tobillo; se observan las condiciones de sus manos, que revelarán la dulzura de sus caricias, y la forma de las orejas,

30521

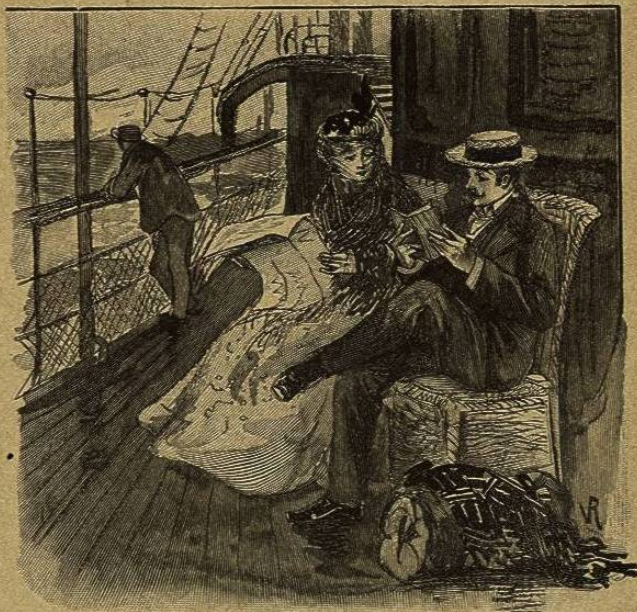
que indica el origen mejor que una partida de bautismo, en la cual es fácil mentir. Se hace lo posible para oír su voz, cuyas entonaciones descubrirán las tendencias de su alma, en tanto que sus frases nos dan idea de su ingenio. El timbre de la voz y todos los matices de las palabras denuncian, á un observador experimentado, toda la contextura sentimental de un carácter, porque siempre hay conexiones, aunque sea muy difícil precisarlas, entre la idea y la función que la exterioriza.

Yo confemplaba detenidamente á mi compañera de viaje, procurando advertir síntomas favorables y analizando sus gestos, con la esperanza de que me la revelaran sus actitudes.

Abrió un saquito de viaje y sacó un periódico. Me froté las manos de gusto. «Dime lo que lees y te diré lo que piensas.»

Comenzó por el artículo de entrada con expresión curiosa y satisfecha. El título del diario me saltó á los ojos: *El Eco de París*. Quedé perplejo. Ella leía sonriendo una crónica de Scholl. ¡Diablo! Sin duda no era gazmoña, y mostraba gusto por el ingenio cultivado, la malicia intencionada, la sal y hasta un poquito de pimienta. «¡Bravo!—pensé—; revela su lectura un temperamento franco y expansivo. ¿Si fuese también algo sentimental?»

Para tocar este resorte, acercándome á ella lo más posible, me puse á hojear un tomo de poesías



que llevaba conmigo: *La canción de amor*, por Félix Frank.

Noté que había leído el rótulo de la cubierta en un parpadeo rápido, como un pajarito coge al vuelo una mosca. Muchos viajeros pasaron por delante de nosotros para mirarla; pero, al parecer, ella

se abstraía en su lectura por completo. Al terminar, dejó el periódico, y aprovechando la oportunidad, le dije:

—¿Me permite usted que lo vea, señora?

—Con mucho gusto—contestó, alargándome la hoja impresa.

—Si la distrajesen estas poesías, las pongo á su disposición.

—¿Es cosa divertida?

Me desconcertó bastante aquella pregunta, refiriéndose á un volumen de versos amorosos. Luego contesté:

—Mejor que divertida es la lectura que ofrezco; júzgola encantadora, delicada, emocional.

—Deme usted.

Cogió el libro, y mientras recorría varias hojas con cierta expresión de sorpresa, comprendí que no tenía costumbre de leer versos.

A veces parecía conmovirse ó sonreía, pero de otra manera que ante la crónica de Aureliano Scholl.

De pronto la pregunté:

—¿Le gusta?

—Sí—me contestó—; pero me gustan más las cosas alegres; no me atrae lo sentimental.

Ya teníamos conversación. Supe que la viajera

estaba casada con un capitán de dragones de guarnición en Ajacio, y que iba entonces á reunirse con su marido. De sus palabras deduje que no le quería con mucho entusiasmo. Le quería, sí, pero de cierto modo; como quiere una mujer al hombre que no supo despertar en su corazón grandes ilusiones durante su luna de miel. Habíala paseado de guarnición en guarnición, de pueblo en pueblo, todos aburridos, muy aburridos. Por fin la reclamaba desde la isla, que debería ser lúgubre. No; la vida no es alegre para todos. Hubiera preferido quedarse con sus padres en Lyon, porque allí trataba mucha gente. Pero era forzoso ir á Córcega. El ministro nunca procuraba servir al capitán, y eso que tenía éste una brillante hoja de servicios.

Hablamos de las residencias que preferiría.

—¿Le gusta París?—pregunté.

—¡Oh! ¡Si me gusta París! Caballero, ¿es posible que me haga usted semejante pregunta?

Y me habló de París con tal entusiasmo, con tal frenesí, con tal ansia, que pensé: «Ya tengo el resorte que me conviene tocar.»

Adoraba París desde lejos, deseándole, enloqueciendo por su brillo, con hambre, con fiebre, con pasión delirante de provinciana, con impaciencia loca de pájaro enjaulado que descubre, á través de

los hierros, el bosque frondoso bañado por el sol.

Me hizo mil preguntas palpitantes, apresuradas; quería enterarse de todo, averiguarlo todo en cinco minutos. Conocía los nombres de todas las celebridades y de muchas personas que nunca oí nombrar.

—¿Cómo es Gounod? ¿Y Sardou? ¡Ah! caballero, ¡cuánto me gustan las obras de Sardou! ¡Siempre tan ingenioso, tan vivo, tan interesante! ¡Cada vez que veo representar una obra de Sardou, sueño en sus complicaciones durante muchos días. Leí también un libro de Daudet que me gustó mucho: *Safo*. ¿Usted lo ha leído? ¿Es un guapo mozo Daudet? ¿Usted le conoce? Y Zola, ¿cómo es? ¡Con su *Germinial* me hizo llorar! ¿Recuerda usted al pobre niño que muere á obscuras? ¡Qué terrible! Me impresionó tanto, que me sentí enferma. No, eso no hace reír. También he leído un libro de Bourget: *Cruel enigma*; y á mi prima le hizo tal impresión esa novela, que hasta escribió á Bourget. Me gusta, pero me parece de sobra poético; prefiero aventuras alegres. ¿Conoce usted á Grevin? ¿Y á Coquelín? ¿Y á Damalá? ¿Y á Rochefort? ¡Dicen que tiene mucho ingenio! ¿Y á Cassagnac? Según parece se desafía diariamente...

.....
Al cabo de una hora ibanse agotando sus pre-

guntas, y habiendo satisfecho su curiosidad ansiosa, pude hablarla de lo que me convenía.

Conté historias y amoríos del mundo parisién, del gran mundo. Escuchábame muy atentamente, con toda su alma. ¡Oh! Debió adquirir una idea muy lúcida ¡y exacta! de las hermosas damas, de las ilustres damas de París. Todo eran aventuras galantes, citas, rápidos triunfos y derrotas apasionadas. Me preguntaba ella de vez en cuando:

—¿Así es el gran mundo?

Sonriendo maliciosamente, yo contestaba:

—Es como digo, y solamente las humildes burguesas que se aburren arrastrando vida monótona por melindres virtuosos, por una virtud que nadie las agradece...

Y comencé á fustigar las domésticas virtudes con reflexiones filosóficas, ironías punzantes y ligeras burlas. Hice mofa, descaradamente, de las pobres necias que van envejeciendo sin haber sentido lo bueno, lo dulce, lo escabroso, lo galante; sin haber saboreado las delicias de los besos furtivos, profundos, ardientes; y todo por estar casadas con un hombre receloso y estúpido, cuya reserva en las caricias conyugales priva injustamente á una criatura de toda sensualidad refinada y de todo sentimentalismo elegante.

Luego reforzaba mis reflexiones con el relato de nuevas aventuras. Cuentos de gabinetes particulares, intrigas que yo suponía propaladas en todo el universo. Y como estribillo, colocaba siempre un elogio entusiasta del amor brusco y secreto, de la sensación robada, como un fruto prohibido recogido por sorpresa, de paso...

La noche cerraba, una tranquila y calurosa noche, y el buque se deslizaba estremecido por la máquina, sobre un mar oscuro, bajo un cielo estrellado.

La mujer callaba, respirando lentamente y dejando escapar algún suspiro. De pronto se levantó, diciéndome:

—Ya es hora de acostarme; buenas noches.

Y me ofreció la mano.

Yo sabía que á la tarde siguiente debía tomar la diligencia que va de Bastia á Ajacio, á través de las montañas, hasta el amanecer.

—Buenas noches—respondí estrechando sus dedos entre los míos.

Y bajé á mi camarote.

Por la mañana, tomé los tres asientos de berlina para mí solo; y cuando al anoecer me dirigí hacia el viejo coche que debía conducirnos, el mayoral me preguntó si tendría inconveniente alguno en ceder un asiento á una señora.

Dije bruscamente:

—¿A qué señora?

Y el mayoral contestó:

—A la señora de un capitán de Ajacio.

—Dígale que puede contar con lo que desea.

Llegó la mujer, diciendo que había dormido todo el día. Disculpó su descuido, me dió las gracias y entró en la berlina.

La cual era una especie de cajón herméticamente cerrado, que sólo tenía cristal en las dos portezuelas. Ya estábamos allí juntos y solos. Arrancaron los caballos al trote largo. Pronto nos vimos en la montaña. Un perfume fresco de hierbas aromáticas entraba por las ventanillas, ese perfume propio de la isla de Córcega que los marinos reconocen á larga distancia; emanaciones penetrantes como los olores de un cuerpo, como el sudor de la tierra verde, que un ardiente sol evapora y el viento arrastra.

Volví á referirle cosas de París y ella volvió á escucharme con atención calenturienta. Mis narraciones eran cada vez más atrevidas y más desnudas, abundando en frases intencionadas y péfidas, en esas frases que encienden la sangre.

Cerró la noche. Yo no veía nada, ni siquiera el óvalo blanquecino que hasta entonces revelaba el

rostro de la mujer. Solamente aparecían, á los resplandores del farol de la diligencia, los cuatro ca-



ballos ganando al paso el repecho.

De vez en cuando, el rumor de un torrente llegaba confundido con el casca-beleo de las guarniciones; luego se perdía, quedando atrás, cada vez más lejos de nosotros.

Adelanté con mucho tiento un pie aproximándolo á mi compañera, que no retiró el suyo. Estuve un rato inmóvil en acecho, y de pronto, cambiando el registro, empecé á insinuarme con palabras afectuosas y tiernas. Mi mano encontró la suya. La cogí dulcemente y ella no la retiró. Seguí hablando casi á su oído, muy cerca de su boca. Yo sentía palpar su

corazón contra mi pecho; palpitaba con rudos golpes; buena señal. Entonces, con mucha suavidad, puse mis labios en su cuello seguro de mi conquista, de tal modo seguro, que hubiese apostado cualquier cosa.

Pero ella, sacudiéndose como si despertara, me rechazó. Y antes de que me diese cuenta de nada, recibí una porción de arañazos y una lluvia de golpes rápidos, en todas direcciones; la obscuridad que nos envolvía me hizo imposible cubrirme y evitarlos.

Extendí los brazos, procurando vanamente aprisionar los suyos. Luego, no sabiendo ya qué hacer, me volví, escondiendo la cabeza, presentando solamente la espalda, que recibía su furioso ataque. Ella debió comprender esta maniobra desesperada y suspendió la paliza.

Recogiéndose luego en su rincón, estuvo llorando más de una hora.

Yo me sentía inquieto y avergonzado. Hubiera querido hablar; pero, ¿qué decir entonces? Nada me parecía oportuno. ¿Excusas? No; resultaban del todo necias. En semejante situación se imponía el silencio.

Lloraba la mujer lanzando suspiros profundos que me conmovían y me desconcertaban. Tuve

tentaciones de prodigarle consuelos, acariciándola tiernamente como á los niños ó pidiéndole perdón á sus pies de rodillas. Pero no me atreví.

¡Son estúpidas tales situaciones!

Al fin se calmó, y quedamos cada uno en su rinconcito, inmóviles y mudos, mientras avanzaba el coche, deteniéndose de vez en cuando para los relevos. Al penetrar en la berlina un reflejo de los faroles de las cuadras, cerrábamos los ojos para no mirarnos. Otra vez la diligencia en marcha, el aire fresco y oloroso del campo nos acariciaba las mejillas y los labios, embriagándome como el vino.

¡Caramba! ¡Qué viajecito si mi compañera se hubiese mostrado menos simple!

Amanecía. Los primeros reflejos de la aurora entraron en la berlina. Miré á la mujer, que fingía dormir. Luego el sol, apareciendo sobre las montañas, inundó pronto de resplandores un golfo inmenso, todo azul, rodeado por cumbres enormes y crestas de granito. Al extremo del golfo una ciudad blanca extendíase delante de nosotros.

Mi compañera, fingiendo entonces despertar, abrió los ojos, encendidos por el llanto, abrió la boca, estremeciéndose, ruborizándose y balbució:

—¿Llegaremos pronto?

—Muy pronto; falta menos de una hora.



Mirando á lo lejos, dijo:

—Es muy fatigoso pasar en diligencia toda una noche.

—¡Oh! Sí; los riñones duelen.

—Y más fatigoso aún después de una travesía.

—¡Oh! ¡Sí!

—¿Es Ajacio aquel pueblo que se descubre?

—Sí, es Ajacio.

—Quisiera que llegásemos cuanto antes.

—Me lo explico.

El timbre de su voz revelaba cierta inquietud; evitando que se cruzara con la mía su mirada, sentíase molesta. Sin embargo, nada permitía suponer que recordase lo sucedido.

Yo la admiraba. ¡Qué diplomacia instintiva tienen las mujeres!

Llegamos, en efecto, al cabo de una hora. Un gallardo mozo vestido de uniforme, un Hércules, erigiendo junto al parador, agitaba un pañuelo al acercarse la diligencia.

Mi compañera se lanzó en sus brazos, y dándole muchos besos, repetía:

—¿Cómo estás? ¡Cuánto deseaba verme cerca de ti.

Bajaron de la imperial mi maleta, y cuando ya me iba discretamente, la mujer me llamó:

—¡Ah! ¡Caballero! ¿Se marcha sin despedirse?

Murmuré:

—Señora, por no distraerla de sus alegrías.

Ella dijo á su esposo:

—Da las gracias á este caballero; ha estado muy obsequioso conmigo durante nuestro viaje. Me ha cedido un asiento en la berlina. Da gusto encontrar compañeros tan amables.

El capitán me oprimió la mano agradeciéndome con toda su alma tantas atenciones.

La mujer sonreía mirándonos...

Yo, sin duda, puse cara de imbécil en aquel momento.

